

# HISTORIA

**Pedro LANGA**, *Voces de sabiduría patristica*, Madrid: San Pablo, 2011, 464 pp., 16 x 23, ISBN 978-84-285-3902-9.

«*Voces de sabiduría patristica*: Es un título sobremanera sugerente y oportuno. En la época actual, de desconcierto y confusión, necesitamos voces que nos hablen sabiamente, que acerquen al hoy el fecundo patrimonio del ayer. Esto es lo que realiza, sin duda, nuestro pontífice Benedicto XVI, al dedicar, desde el año 2007, muchas de sus enseñanzas catequéticas en las Audiencias Generales de los miércoles a las Grandes Voces de la Iglesia primitiva. Y es que necesitamos hoy voces que llamen, despierten y nos hagan pensar y meditar. Voces que digan dónde se encuentra la verdadera sabiduría, la sabiduría del corazón, la *scientia amoris*, más allá de las vanas palabras y de efímeras experiencias. Voces autorizadas que pervivan, por encima de la caducidad del tiempo, y que nos acerquen lo eterno, lo que pervive siempre en el alma humana. Voces que no se silencien nunca» (p. 9). Así prologa Mons. Palmero Ramos, obispo emérito de Orihuela-Alicante, la presente obra del agustino y agustinólogo Pedro Langa, con la que pretende acercar al gran público algunas de las joyas de la rica doctrina patristica que atesoran los Padres de la Iglesia, haciendo asequible el mensaje patristico de los primeros siglos de la Iglesia a los hombres de hoy, en el sentido de útil, provechoso y actual. El propósito del Autor es conseguir que los lectores alcancen con este acerca-

miento a los Padres llegar a considerarlos como verdaderos maestros en la fe, porque en realidad fueron verdaderos Padres de esa fe, en los diversos ámbitos específicos que les fueron propios: Sagrada Escritura, filosofía, espiritualidad, liturgia y teología.

Tal como señala el Beato Juan Pablo II en su Carta apostólica *Patres Ecclesiae*, los padres nos conducen al origen de la vida, al inicio de la existencia, y la Iglesia tiene también sus *Padres*: «son de verdad *Padres* de la Iglesia, porque la Iglesia, a través del Evangelio, recibió de ellos la vida» (nº 1), y ello, precisamente, porque son testigos vivos de la Tradición eclesial. A ellos se remonta el Canon de la Escritura; la Iglesia de los Padres se caracteriza como el tiempo en que fueron plasmados los símbolos de fe, en los cuales se compendia el núcleo cristiano; ellos contribuyeron a crear las formas esenciales de la liturgia cristiana, que constituyen la base de cualquier auténtica renovación; y ellos concibieron la fe como una verdadera filosofía, porque apreciaron la responsabilidad intelectual que la fe lleva consigo. Ellos constituyen, en suma, el pasado común de todos los cristianos, y en su reencuentro radica la esperanza del futuro mismo de la Iglesia.

Estas voces, recogidas en el presente volumen, tuvieron su origen en unas charlas pronunciadas por el autor en «Radio Vaticano», pero ya con miras a que llega-

sen a ser algún día publicadas. La obra está estructurada como un gran glosario de 170 voces, ordenadas alfabéticamente e inicia-das con un breve texto patrístico que proporcióna el tono de la explicación posterior del Autor, en la que trata de compendiar la enseñanza patrística sobre el tema abordado, acompañándola de una breve bibliografía a pie de página para ulteriores indagaciones. Como era de esperar, el Padre de la Iglesia más citado es obviamente san Agustín. Este libro es, por tanto, una síntesis en forma de mosaico de esa sabiduría del Evangelio y de la Tradición, además de una adecuada carta de presentación del pensamiento cristiano de los primeros siglos. Su doctrina representa el auténtico progreso en la Iglesia y el verdadero *aggiornamento*

conciliar que, tal como señala el Autor en la Introducción, citando H. de Lubac, fue posible, en todos los sectores que tocó el Concilio, gracias a la renovación patrística de los cincuenta años anteriores a la celebración del Concilio Vaticano II.

El estilo es apropiado, sencillo y asequible para un gran público, sin descuidar la precisión y la elegancia. Completa el tomo una amplia y escogida bibliografía para quien desee profundizar más en los temas que se tratan. En definitiva, estamos ante una espléndida obra en resultado e interés, que viene a dar respuesta a la necesidad de que la reflexión patrística siga alimentando hoy en día la vida y el pensamiento cristiano.

Juan Antonio GIL-TAMAYO

---

**Jean-Miguel GARRIGUES**, *Deux martyrs de l'Église indivise: saint Maxime le Confesseur et le Pape saint Martin. Le récit de leurs procès et de leur mort par des témoins oculaires*, Paris: Cerf, 2011, 168 pp., 12,5 x 19,5, ISBN 978-2-204-09396-5.

El libro se compone de dos partes bien definidas. En la primera se presenta la figura de que es objeto principal del estudio: san Máximo el Confesor (c. 580-662). El A. se detiene sumariamente en sus aspectos más importantes: su vida en el monacato, sus distintos viajes, la confesión de su fe y el martirio que sufrió. Máximo jugó un papel destacado en las controversias del siglo VI, relativas a la doctrina de Orígenes y de Evagrio Póntico. Durante su vida monástica comenzó a desarrollar su teología de la divinización mediante la caridad, que constituye el sello de toda su producción literaria y su doctrina teológica. El conocimiento que obtuvo en esta época de los escritos de san Atanasio marcó toda su trayectoria doctrinal. Durante el año 626, amenazado por los acontecimientos, se vio obligado a

elegir un nuevo estado de vida tradicional en el monacato oriental: la *xeniteia*, es decir, el exilio lejos de su patria monacal. En 645, lo encontramos debatiendo cuestiones doctrinales contra el patriarca monoteleta Pirro, en Cartago; en Roma, en 649, en el concilio de Letrán; y en 655 soportando su primer proceso judicial en Constantinopla. Condenado a exilios sucesivos, muere, en 662, en el Cáucaso.

Estos aspectos biográficos corren paralelos a su producción literaria. Así, durante los años que vivió recluso en la vida monacal, escribió las obras en las que tomaba postura frente a los debates doctrinales del origenismo y del evagrianismo, con sus implicaciones cristológicas. A partir del año 638, cuando el emperador Heraclio impuso oficialmente el monotelismo, dis-